

A black and white photograph of a man wearing a dark hat and a dark jacket. He is holding a handgun with both hands, pointing it directly at the camera. The background is a textured, slightly mottled grey. The title 'PREMIO GORDO' is written in large, white, serif capital letters across the upper part of the image, partially overlapping the man's hat and face.

PREMIO
GORDO

JOSÉ PEREA DEL PINO

PREMIO GORDO

José Perea Del Pino

PREMIO GORDO

© 2020, José Perea del Pino

©De los textos: José Perea del Pino

Imágenes libres de derechos de autor

Revisión de estilo: <http://www.mystilus.com>

1ª edición

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

“¿Qué quieres ser de mayor? ¡Quiero ser policía!” Sin duda, una de las respuestas más comunes de los niños a la pregunta de su futura profesión. Resolver asesinatos, grandes robos, participar en persecuciones y tiroteos; sobredosis de imaginación y fantasía para mentes infantiles. El sueño de hacer cumplir la ley es perseguido por algunas personas desde pequeños y, en algunos casos, conseguido. Es el caso de José Espinosa Moreno, descendiente de abuelo y padre policías, decidido desde crío a velar por la seguridad civil. Tal empeño puso en conseguir su deseo que se convirtió en inspector a los pocos años de ingresar en la Policía Nacional.

Su vida laboral hacía sentirse bien consigo mismo, feliz y completo. No necesitaba nada más, ni si quiera una mujer con la que compartir su vida y formar una familia. El amor era para él algo irrisorio y pasajero; pues se casó tres veces, y ninguna de ellas por amor. Solo lo hizo porque creyó que era lo correcto, porque alguien como él tenía que tener alguien a su lado con quién compartir su éxito.

Pasaron los años y, poco a poco, fue dándose cuenta que su trabajo no era, ni mucho menos, lo que soñó de pequeño. Rebasada las cuarenta primaveras, con más de veinte años en el cuerpo, desapareció por completo aquel joven risueño y trabajador con ganas de cambiar el mundo. Recordaba como con siete u ocho años, en su siesta diaria, soñaba con películas en las que él era el protagonista y salvaba a la chica de los malos o resolvía un caso imposible perdido entre interminables archivos convirtiéndose en héroe de la ciudad. «Niño ingenuo» se decía constantemente al ver como sus fantasías juveniles no se parecían en nada a las experiencias que vivió.

Espinosa solo disparó su arma a blancos de cartón con la figura de una persona sombreada en salas de entrenamiento, nunca tuvo una persecución espectacular a gran velocidad, no tuvo oportunidad de interponerse entre su presidente y una bala disparada por un experto francotirador, no resolvió nunca un asesinato y, por su puesto, nunca rescató a una damisela de los malos.

A principios del año 2000, el inspector Espinosa estaba destinado en San Sebastián, Guipúzcoa. Nunca deseó estar en aquel sitio, pero la dejadez profesional que comenzó a manifestar a partir de su decepción en la vida fue bastante prominente. La desilusión le absorbió toda responsabilidad que su trabajo exigía, hasta el punto que dejó sin investigar casos importantes. La falta de interés en el caso de una chica de 15 años en el que fue drogada y violada durante horas por tres jóvenes fue para sus superiores la gota que colmó el vaso; los criminales casi se libran de toda culpa. No le dejaban pasar la más mínima, esperando cualquier oportunidad para traspasarlo a otra comisaría, para así, ser el problema de otro.

Del gran compromiso que mostró en sus inicios pasó al más absoluto abandono de sus deberes profesionales, llegando, incluso, a utilizar su posición para su interés personal. Poco le importaba a Espinosa la opinión de los demás. No dejaba pasar la oportunidad de adueñarse de la mercancía de algún *camello* o de obtener *rebajas* con prostitutas; le encantaba sacar su placa de inspector y la reacción temerosa que causaba en personas de esa clase social.

¿Era el inspector Espinosa el típico agente corrupto de la ley? Pues más bien... no, ¿o sí? ¿Acaso existe un típico agente corrupto de la ley? Lo que sí estaba claro es que Espinosa quería diferenciarse de los demás, le gustaba destacar. Cuidaba su físico y siempre iba bien vestido y

peinado; siempre llevaba puesto un sombrero *fedora* negro que le daba un aire de gánster imposible de no envidiar por parte de los compañeros. Y lo mejor de todo: era bueno en su trabajo... cuando quería. En el lado opuesto, pues eso: el alcohol, las drogas, las prostitutas... Como el mismo Espinosa decía: “Siempre hay distintos puntos de vista en todo, pero es de gilipollas no aprovechar las ventajas que te da la vida”. ¿Era el inspector Espinosa el típico agente corrupto de la ley? Pues más bien... no, ¿o sí?

La comisaría de San Sebastián era la sexta que Espinosa conocía. Se sabía de memoria la estrategia a seguir nada más llegar al nuevo destino: ganarse la confianza de todos al principio para después aprovecharse de ella. Además de su buen físico, el inspector era dueño de una convincente y atractiva forma de hablar capaz de embaucar con ella a la mente más desconfiada.

Entre una cosa y otra, entre un comentario en la oficina y otro en los baños de la comisaría y entre un chivatazo y otro, en poco tiempo conoció los sitios y barrios más polémicos; los que a él le gustaba. Un barrio en particular llamó su atención: el llamado San Francisco. Drogas, mujeres, locales con timbas ilegales... «Puede que al final me guste este sitio», fue lo primero que pensó al conocer la existencia de aquella avenida.

No tardó mucho en visitar el barrio que se suponía le iba a salvar su estancia en aquel lugar. Esperó a la oscuridad de la noche para recorrerlo un par de veces con su Audi A4 B5 de color negro. Su percepción lo detectaba todo. Excepto algunos jóvenes pasando pequeños papelillos de cocaína, no vio nada que le llamara verdaderamente la atención, algo que mereciera la pena implicarse. Decidió aparcar y andar un poco. El famoso barrio le decepcionaba. De repente, el corazón le dio un vuelco. Una chica. «Melena de pelo negro liso hasta la cintura, buenas curvas, uno sesenta y algo, piel morena, pinta sudamericana, colombiana puede ser... ¡mi tipo!», pensó al verla. Pocas veces se había encaprichado de una mujer, pero esta vez parecía diferente. Veía en aquella chica un aura luminosa que le atraía sin remedio. Aunque su cuerpo tiraba de él a su encuentro, la experiencia le decía que no tenía que precipitarse en nada.

Durante unos días estuvo siguiendo los movimientos de la joven. Se maldijo cuando sus sospechas le dieron la razón. La chica era puta. En cambio, se alegró al ver que no ejercía en la calle bregando con, como él decía, “indeseables desechos humanos”. Los clientes iban a su casa. No había duda de que eran tipos de primera clase, al menos, eso entendió al ver los trajes de chaqueta con los que vestían, los cochazos con sus chóferes, escoltas... Incluso una vez creyó ver a un ministro, luego recapacitó en que no tenía ni idea de política, así que solo lo creyó.

Un hombre grande y fornido hacía guardia día y noche en el portal. El cabrón rondaba los dos metros de altura y sus brazos parecían los de un trol de *El Señor de los Anillos*. Estaba cubierto de tatuajes nazis por todos lados. Verdaderamente, una bestia con la que tener cuidado.

Sin embargo, la obsesión del inspector Espinosa por la chica crecía con respecto pasaban los días. Cualquier excusa en la comisaría era buena para ir a espiarla. El peligro que constituía acercarse a ella aumentaba su interés; se estaba convirtiendo en un fruto prohibido. Y para él no había nada prohibido, o la tenía para él o disolvía el *chiringuito* y se quedaba con ella a la fuerza.

No podía esperar más, quería a la chica lo antes posible. Tenía que pasar a la acción. Lo

primero era deshacerse del grandullón de la puerta. Sería fácil, nunca tuvo miedo de tíos así. Varias veces metió entre rejas con falsas acusaciones a tipos que le estorbaban y esta vez no sería diferente. Lo acusaría de posesión de drogas y punto, no sería complicado.

La actividad en el barrio San Francisco era menor por el día. Al mediodía de lo que se podría llamar un día soleado en el norte de España, el inspector se dirigió a la casa de la chica. Aparcó el coche cerca y, como no, allí estaba esa enorme mole de músculos y huesos. No se dejaría intimidar, y menos aún, con lo primero que mostró al vigilante: su placa.

—Inspector Espinosa, me gustaría hacerle una pregunta: ¿qué hace aquí caballero? — cuestionó de forma autoritaria.

—¿Cómo? ¿Qué hago aquí? Pues... puedo hacer lo que tú quieras, maricón —respondió el grandullón acercándose y mirándolo de arriba a abajo. La forma lenta y femenina de hablar sorprendió al inspector. Al observar detenidamente la cara de aquella bestia, vio como su cara estaba adornada con unas enormes pestañas postizas y maquillaje en cantidades industriales.

—¿Maricón? Pero, ¿qué coño estás diciendo? No te acerques tanto, te estás equivocando conmigo —aseveró Espinosa con movimientos nerviosos—. A mí no me interesan los hombres.

—Vaya, qué pena. Maricón, ¿estás seguro? ¿cómo lo sabes?

—¡Estoy seguro! ¡No me llames maricón o te meto en *chirona* en menos de lo que canta un gallo! —El enfado del inspector aumentaba solo con escuchar la forma de hablar de la enorme mole.

—Relájate, maricón... se te hacen arrugas en la frente cuando te enfadas.

—¡Me cago en la puta! ¡Te he dicho que no me llames maricón!

—¡Ay, maricón! ¡No puedo evitarlo! —El grandullón dedicó un gesto afeminado con la mano al inspector, como si la lanzara y luego la dejara caer—¿Sabes que me estás poniendo a mil? ¿De verdad que no se te apetece un revolcón rapidito?

La ansiedad se apoderó tanto del inspector que apoyó la mano en su pistola de última generación Sig-Sauer enfundada en el cinturón, dejándola al descubierto.

—Se te acabó el rollo, maricona de mierda —dijo el inspector con respiración alterada, pero sin alzar la voz—. O me dices ahora mismo como te llamas y que haces aquí, o te meto el cañón de mi Sig-Sauer por el culo y aprieto el gatillo hasta vaciar el cargador. ¿Te parece ese un buen revolcón, maricón? —Se acabó el cachondeo por parte del enorme segurata— ¡Responde de una vez!

—Vale vale mari... digo, cariño. Me llamo Jonathan y estoy aquí pues..., pasando el tiempo —pronunció calmado, separándose lentamente del inspector—. Pero me parece que vienes buscando a otra persona, ¿quieres ver a Luciana? ¿Verdad? Te hago un descuento si olvidamos este asuntillo, ¿de acuerdo mari... digo cielo? —El guiño con el que finalizó hacía pensar en que había más información detrás de lo que dijo.

—Así que Luciana —Espinosa ya sabía el nombre de su fruto prohibido, ahora solo tenía que seguir el plan: quitarse del medio al grandullón—. ¡Las manos a la espalda, rápido! ¡Estás detenido!

—¿Detenido? ¿Por qué, maricón?

—¡Porque yo lo digo! —recapacitó—¡No! ¡Por llamarme maricón, joder!

Puede que fuera por la Sig-Sauer o, más probablemente por la placa de policía, pero la poca resistencia que opuso Jonathan a su detención sorprendió a Espinosa. Un comportamiento totalmente diferente al que mostró en comisaría, cuando se enteró que su detención fue debida a la posesión de casi doscientos gramos de cocaína. Un fallo de más de dos años de prisión por

contrabando hizo más feliz al inspector. «Camino libre», pensó al enterarse de la sentencia. Hicieron falta 10 hombres para reducir a Jonathan mientras juraba vengarse con gritos endemoniados.

Después de hacer desaparecer al grandullón el plan fue sobre ruedas. Luciana dejó de ver a la mayoría de sus clientes; temía por su seguridad. El trato que tenía con Jonathan la alejaba de cualquier loco que quisiera pasarse de la raya. Sin él para protegerla, desechó todas las citas. Menos una.

Una cita que tuvo que aceptar obligatoriamente, una cita que llevaba por delante una placa de inspector de policía. Ni que decir tiene que Espinosa hizo sus deberes antes de la primera visita. Nada más abrir la puerta de su casa, Luciana se encontró con la jodida placa en las narices y una maldita pregunta:

—¿Quieres ver mañana a inmigración aquí mismo?

Las siguientes semanas fueron para Luciana un infierno en vida. La situación ilegal en la que se encontraba era aprovechada por el inspector para hacer realidad todas sus fantasías. “Haz esto o mañana tienes a inmigración en la puerta” era su frase más repetida. Dejó a un lado el respeto a la integridad física o moral, sin reprimir actos detestables en Luciana. Espinosa era un siniestro pervertido con una mentalidad tan cercana al sadomasoquismo como a la violencia gratuita. Algún día se le iría de las manos y todo acabaría de la forma más cruel posible. Luciana comenzaba a temer por su vida.

En cambio, al inspector le parecía todo lo contrario. El hecho de que Luciana lo complaciera en todo lo que se le pasara por la cabeza, lo convencía cada día de que estaba enamorada de él. Se dejaba tirar del pelo, apenas se quejaba con los guantazos, únicamente se quejó alguna que otra vez con las quemaduras de los cigarros, las heridas dejadas por la correa del pantalón no producían en ella ninguna lágrima, incluso lamió el cañón de la Sig-Sauer sin rechistar. ¿Acaso el soportar todas aquellas torturas no eran pruebas suficientes de amor? Lo que para él era amor para ella era complacer por obligación: si él era feliz, todo estaría bien.

Por primera vez en su vida, Espinosa era feliz. Una felicidad que arribó en su puerta por la única vía que nunca sospechó: por el amor, por una mujer. A final de año ya no ocultaba su relación con Luciana. Hablaba a todo el mundo de ella, decía que era su novia y que pronto se casarían. Estaba tan enamorado y convencido de que ella sentía lo mismo que comenzó a pedir favores para nacionalizarla.

Tuvo que esforzarse en el trabajo, no quería que lo cambiaran otra vez de destino. «Me van bien las cosas», se repetía una y otra vez en la cama mientras se fumaba un cigarrillo y observaba las bellas curvas del cuerpo de la colombiana después de un rato apasionado, luego lo apagaba en algún sitio donde no tuviera cicatrices y se reía con el espasmo doloroso de la mujer.

Cada daño soportado por Luciana convencía más y más al inspector del tremendo amor que sentía por él. Nada le hacía sospechar que su novia, su chica, su colombiana o cualquier otro seudónimo posible que le pudiera poner sentía todo lo contrario.

Luciana sufría hasta el extremo cada vez que estaba a su lado. La extorsión psicológica hacía

tiempo que pasó a un segundo plano. El simple hecho de verlo le causaba una presión en el pecho que lo oprimía hasta quedarse sin respiración. Lo maldecía por hacerla convivir durante días con moratones por el cuerpo, por las quemaduras, por los desgarros vaginales, las cicatrices... por el miedo. Ese maldito miedo constante que se convirtió en el compañero obligatorio de su día a día, como si fuera un perro con la cadena puesta al que tienes que sacar a pasear y te pide cagar y mear; lo peor fue que se acostumbró a él de forma incomprensible. Su corazón la empujaba a huir, pero su cabeza temerosa lo impedía. «¿Adónde puedo ir? ¿Quién podría ayudarme? Ese desgraciado encerró a Jonathan y ninguno de mis antiguos clientes se la jugaría por mí. ¿Por qué el destino ha puesto a este diablo en mi camino? ¡No puedo más! Al final seré yo la que tarde o temprano cometa una locura». Su vida se había convertido en un infierno. No sabía cuánto tiempo podría soportarlo. Pensaba seriamente en cometer alguna insensatez, aunque con ello arruinara su vida. Creía con fervor en el destino, culpabilizándole de poner a José Espinosa Moreno en su vida y arruinándola por completo. Lo que Luciana nunca hubiera esperado es que ese mismo destino que arruinó su vida fuera el que la arreglaría y le diera la oportunidad de empezar de nuevo.

A principios de diciembre, el inspector Espinosa se tomaba su buena copa de pacharán para combatir el intenso frío en un bar en el que asiduamente desayunaba. Estaba acompañado de Javier Correa, un inspector joven y novato colocado a su lado para que aprendiera de su experiencia. Si no hubiera sido por su nueva forma de vida lo habría mandado al carajo, pero se concienció y aceptó a regañadientes. Todas las mañanas, un viejo y torpe vendedor de lotería entraba en el local para intentar vender algún décimo. En una de esas torpezas, tropezó con el inspector Espinosa derramándole toda su segunda copa de pacharán en la camisa. Este, enfadado hasta la saciedad, entre gritos de desprecio e insultos, le puso atrás de su cuerpo las manos para ponerles las esposas y arrestarlo.

—¡Inspector Espinosa! ¿Se puede saber que está haciendo? Ese hombre no lo ha hecho a posta. Está exagerando la situación, ¿no cree? —intervino Correa mientras intentaba separar a Espinosa del vendedor de lotería.

—¡Aparta! —exclamó Espinosa empujando a un lado al joven inspector — Esto es cosa mía, no te metas muchacho.

—Deja al viejo ahora mismo o si no...

—Si no... ¿Qué? ¡Ja, ja! ¿Me estás amenazando muchacho? Pues tendrás que hacerlo mucho mejor —Espinosa se reía a carcajadas, burlándose del inexperto inspector.

—Supongo que no querrás que nadie se entere de tu habitual parada en este bar por las mañanas —manifestó Correa—. Estoy seguro que con tu expediente no permitirían lo más mínimo que bebieses ni una gota de alcohol estando de servicio. Y es bien sabido que eres muy feliz aquí con tu novia.

—Está bien, está bien... no hace falta que sigas —interrumpió Espinosa—. Mira chico, si quieres tener guerra conmigo lo único que debes hacer es decírmelo. —Mientras hablaba se acercaba a Correa hasta estar cara a cara con él— ¿Te gustaría tener guerra conmigo?

«¡Maldita sea mi estampa! En valiente lío me acabo de meter. Este tío es más peligroso que un *vietcong* con catana», pensó Correa al ver cómo la mirada de Espinosa le atravesaba sin pudor. No sabía qué responderle. Espinosa era un tío peligroso, pero no podía permitir ese comportamiento, al menos, por ahora, mantenía sus principios. La suerte se alió con él al ver cómo el viejo lotero les interrumpió.

—Siento mucho haberlos molestado, caballeros. Aceptar esto en compensación. —Mientras hablaba, el lotero arrancó dos décimos de un billete para el sorteo de Navidad y se los ofreció—,

espero que tengáis suerte.

Los dos inspectores aceptaron el regalo y lo guardaron en el bolsillo interior de sus abrigos *tres cuartos* de color negro que el cuerpo de policía entregaba a los agentes de paisano. El espectáculo ofrecido fue vergonzoso para Correa, en cambio, Espinosa agradeció con su forma particular al lotero:

—Ahora vete a tomar por culo viejo, antes de que me arrepienta.

Correa solo deseaba que el día acabara lo antes posible para perder de vista al miserable de su compañero.

El frío apretaba. Tanto Espinosa como Correa no podían esperar más para no verse más, al menos, durante ese día. Tras un día aburrido, el momento esperado llegó y los dos compañeros se despidieron, no sin antes, teniendo Espinosa que dar la última orden.

—¡Mañana te quiero ver a la misma hora en el bar! —El ceño fruncido de Correa al escucharle fue el motivo de unas y despreciables carcajadas que enfurecieron más aún al joven inspector.

Por esas fechas, salir a la calle se había convertido en un sufrimiento para Luciana. Nada más pisar la acera del barrio una brisa helada procedente del Norte cantábrico le congelaba los huesos; Espinosa hizo girones todos sus abrigos con una navaja Opinel que siempre llevaba encima. El inspector dejaba vacía la nevera y la despensa todos los días, obligando a la colombiana a salir a comprar comida para tener el plato en la mesa y que no se enfadara. Ella sabía que era una de sus jugarretas malvadas sin sentido. Una de esas tardes en las que Luciana volvía tiritando del supermercado, escuchó como la llamaba por su espalda la voz de su tormento.

—¡Luciana, espera! —Espinosa se acercaba a ella quitándose el abrigo—Toma ponte esto, cariño. Hace mucho frío y no quiero que te constipes. —Concluyó con burla mientras le ponía sobre los hombros su abrigo.

El abrazo cariñoso con el que aquel desgraciado intentaba refugiarla del frío le producía a Luciana un ardor insoportable en el estómago, como el principio que desembocaba en un vómito irremediable. Se dirigieron a la casa de la chica a, como decía el inspector, “dormir calentitos”. El odio que Luciana sentía hacia aquella persona crecía al unísono que su miedo, una combinación que la ataba de manos en todos los sentidos.

Espinosa pasó un mal día por culpa de su nuevo compañero, así que esa noche decidió desquitarse con su “novia”. Se divirtió. Se emborrachó y jugó con Luciana a todos los juegos perversos y retorcidos que se le pasaron por la cabeza. Lo pasó en grande. Durmió poco y bebió mucho.

Tan poco durmió y tanto se emborrachó que fue él quien llegó tarde al bar. Verdaderamente le importaba un carajo, pero la resaca era bastante importante y no tenía ganas de bregar con el novato todo el día. Lo único que sentía era un martillo taladro golpeando una y otra vez en su nuca. El exterior se había convertido en una realidad paralela que apenas lo afectaba.

Llegó al bar casi 3 horas tarde. Su lengua reseca le pedía una cerveza. Cuando entró por la puerta del local se encontró una algarabía descomunal caracterizada por abrazos, por el sonido

característico de los tapones de las botellas de champagne saltando de un lado a otro, por risas, por más abrazos... Se sujetó la cabeza con las manos, como si fuera a caer.

—¡Espinosa! ¡Espinosa! —Correa gritaba para llamar su atención abriéndose paso entre la multitud hasta llegar hasta él— ¡Nos ha tocado, joder! ¡Nos ha tocado!

—Será mejor que empieces a explicarme todo este embrollo antes de que desenfunde la *pipa* y me lie a tiros. Hoy no estoy para juegos. ¿Qué nos ha tocado?

—¡El premio gordo! ¡el premio gordo! —pronunció Correa saltando de alegría— ¡El jodido viejo nos regaló el premio gordo!

Una sonrisa alargada se implantó en la cara del inspector Espinosa. El lotero que despreció y por poco arresta le regaló un décimo con el primer premio «¿El premio gordo? Ese viejo me ha hecho rico y yo por poco me lo cargo. ¡Maldita sea mi forma de ser! Juro que cambiaré. Luciana, mi Luciana, la pobre soporta de mí infinidad de torturas. ¿Cómo soy capaz de hacerle esas cosas? Esa mujer me quiere, me quiere de verdad. A partir de ahora la trataré como se merece, como una reina. Le compraré todo lo que me pida». El inspector se castigó durante unos instantes por las cosas que la había hecho a la colombiana, pero inmediatamente después se calmaba con las cosas que haría por ella. Una vida nueva se formó en su cabeza echando a un lado la resaca, y en ella, se veía con Luciana para siempre.

—¡Vamos a cobrarlo, Espinosa! ¿Por qué esperar? —Correa interrumpió sus pensamientos con emoción.

—Esto... sí. ¡Claro, vamos! —respondió Espinosa aún atontado por el contundente golpe de felicidad.

—¿Lo tienes encima? —preguntó el joven inspector.

—Tranquilo, lo tengo aquí, en el bolsillo del abrigo. —Espinosa se quedó petrificado al ver que no llevaba el abrigo puesto— ¡Mierda! ¡El abrigo! ¡Tengo el décimo en el abrigo!

—¿Cómo? ¿Pero se puede saber qué haces sin el abrigo con este frío? —cuestionó Correa, sorprendido— ¿Dónde lo tienes?

—Ha sido esta puta resaca, no me he dado cuenta ni de ponerme el abrigo. —Espinosa se frotó los brazos con las manos, como si estuviera sintiendo todo el frío de súbito— A ver... sí. Ya recuerdo, se lo puse a mi novia ayer para abrirla. ¡Vamos, estará allí! ¡Nos ha tocado el puto premio gordo!

La animadversión que se procesaban los dos agentes desapareció. La exaltación de amistad que se procesaban invitaba a pensar a que estaban borrachos, pero nada más lejos de la realidad: les había tocado el premio gordo de navidad. ¿No era ese motivo suficiente para dejar de lado, aunque sea por un momento, los problemas personales? Para ellos sí, y probablemente, para todo el mundo.

Sea como fuere, los dos inspectores fueron a toda prisa al piso de la colombiana. Por el camino se intercambiaban ideas para realizar con el dinero. Quitarse del medio alguna que otra trampa o ayudar a un hermano era lo más importante para Correa, para Espinosa, era tirarse la mayor juerga con su novia.

Las risas los acompañaron mientras subían los escalones de dos en dos hasta la mismísima puerta de la vivienda. Llamaban con impaciencia y se frotaban las manos por el frío. Se reían, llamaban otra vez. Nadie abría. Se frotaban las manos y llamaban, y seguía sin abrir nadie. Dejaron de reírse.

—Luciana abre la puerta, soy yo, Espinosa. —Miró a Correa, inquieto— Estará en la ducha. —Llamó otra vez, casi aporreando la puerta— Cariño, abre la puerta que hace un frío del carajo.

—Espinosa, no hay nadie.

—¿Qué no hay nadie? —Espinosa sabía perfectamente que tenía que estar en el piso. La chica no salía a la calle hasta llegar la tarde y, además, tenía que estar bastante dolorida por la noche anterior— Esa zorra tiene que estar aquí.

—¿Cómo? —Correa se sorprendió por la expresión—Tranquilízate, habrá ido a algún lado. —Estaba claro que el joven inspector no tenía ni una mísera idea de la personalidad de su compañero.

—Y una mierda. Como no esté en casa la reviento.

Correa observó como el rostro de su compañero se tornaba a otro perverso, malvado, peligroso y como con dos fuertes arreones con el hombro abría la puerta con violencia. Después, entró llamando a su “novia” como un loco desbocado. Encontró el abrigo y lo registró con nerviosismo. Se detuvo unos segundos a leer una nota que sacó del mismo bolsillo donde tenía que estar su premio gordo.

—¡Putas asquerosas! ¡Me ha robado! ¡Me ha robado!

La ira se apoderó de Espinosa. Destrozaba todos los muebles de la casa mientras maldecía de mil formas diferentes al amor de su vida. Correa, patidifuso, no entendía nada; cogió la nota que detonó la rabia de Espinosa.

«He pensado mil veces en escribir esto o no, pero no he podido reprimir las ganas enormes que tengo de hacerte sufrir. Espero estar bastante lejos cuando leas esto. Solo a un imbécil como tú se le ocurriría salir sin abrigo con el frío que hace, y solo a un pobre desgraciado se le olvidaría un décimo de navidad con el premio gordo en el bolsillo. Aunque no estén pagados con nada, al final, el destino ha agradecido mis sufrimientos contigo. Gracias gilipollas».

En cualquier otro momento, Correa hubiera exprimido sus conocimientos y sacar un significado real a aquella carta. Pero no fue así. El joven se guió por la lealtad y compañerismo, por *las ganas enormes de hacerte sufrir* en lugar de *mis sufrimientos contigo*.

—No ha tenido que ir muy lejos, Espinosa. Quiere alejarse de ti, ¿cómo crees que va a hacerlo?

—El aeropuerto —respondió el inspector deteniendo la destrucción en seco, jadeante—. ¡Vamos, llama a todo el mundo! Esa zorra me las va a pagar...

La sirena policial y el Audi A4 B5 hacían un equipo devastador en carretera; sin que nadie les molestara por el asfalto, llegaron como un rayo. Mientras Espinosa conducía Correa daba orden a la policía del aeropuerto de detener a la chica. Repetía una y otra vez su descripción para que no hubiera dudas. «Melena de pelo negro liso hasta la cintura, buenas curvas, uno sesenta y algo, piel morena, pinta sudamericana, colombiana puede ser... ¡mi tipo!» recordó Espinosa al escuchar a su joven compañero. «Mi tipo ni mi tipo, su puta madre. La voy a estrangular con mis propias manos» se dijo seguidamente.

Nada más cruzar por las puertas de la terminal, un vigilante de seguridad les esperaba para darles la mejor de las noticias:

—La tenemos, intentaba coger un vuelo a Madrid. La cogimos en la misma puerta de

embarque.

Espinosa y Correa habían movlizado a casi toda la seguridad del aeropuerto. Si lo pensaban fríamente, después de todo ese cotarro, deberían dar una justificación acorde con la importancia de tal alarma, si no, estarían de patitas en la calle. Pero les había tocado el premio gordo, ¿qué más daba?

Los inspectores fueron acompañados hasta la chica. Se la encontraron mientras la trasladaban a la sala de interrogatorio. Estaba sujeta por dos agentes y lloraba con un desconsuelo desesperanzador. Entre lloro y lloro intentaba convencer a los policías de algo que nunca comprenderían.

—No lo entendéis, me va a matar. Tenéis que soltarme... me va a matar —repetía una y otra vez.

Una terrible sed de venganza se apoderó de Espinosa al verla. Todos los pensamientos de arrepentimiento sobre el pasado que hizo sufrir a la colombiana y sobre el futuro prometedor con ella se disiparon nada más contemplarla, y ese vacío dejado fue relleno por sentimientos ardientes que lo enrabiaban. El rencor aceleraba su pulso cardíaco, el odio cegaba su raciocinio y la venganza le hizo desenvainar la Opinel y correr hacia ella con la peor de las intenciones.

—¡Te abriré en canal puta traidora! ¡Te di mi corazón! ¡Me has traicionado! ¡Te mataré! ¡Te mataré! —gritaba un Espinosa desbocado con la navaja en la mano.

Todo policía o agente que se interponía en su camino salía mal parado por el encontronazo; el inspector cortaba a diestro y siniestro en manos y brazos. Nadie era capaz de pararlo. Fue el inspector Correa quien, finalmente, pudo sujetarlo con un fuerte abrazo por la espalda.

—¡Tranquilízate, Espinosa! ¿Qué estás haciendo? ¡Tranquilízate! —gritaba Correa a la vez que forcejeaba con él.

—¡Muchacho una vez te pregunté si querías guerra conmigo! ¡Ya sé tu respuesta!

Espinosa le partió la nariz a su joven compañero con un fuerte cabezazo hacia atrás, el ruido del hueso rompiéndose así lo delató. Después lo apartó violentamente y, como si luchara por su vida, o como si fuera él o el otro, o como si fuera lo único que podía hacer... hizo un tajo con la fina hoja de la Opinel en su garganta.

Correa se echó las manos al cuello. Su cara era una estampa humana deformada y sangrienta. Poco a poco, se arrodilló y cayó al suelo casi fulminado. Con el último haz de vida que contenía, sacó su décimo premiado y lo miró. El resto de energía vital que le quedaba la empeñó en arrugarlo y empapararlo de sangre; quedó inservible.

Espinosa pasó a ser el centro de toda la atención. Fue reducido inmediatamente por más de 5 hombres, pero esta vez no puso ninguna resistencia. En el momento que dio el navajazo al joven muchacho comprendió que todo acabó. Lo último que vio el inspector antes de desmayarse por un fuerte golpe en la cabeza fue la figura borrosa de Luciana reflejada en el charco de sangre de su compañero mientras se alejaba, aprovechando el caos formado para huir para siempre.

El juicio del ex inspector Espinosa no tardó en realizarse. Lo declararon culpable del asesinato del inspector Javier Correa más otros delitos leves de agresión. Le cayeron más de veinte años. Sorprendentemente fue destinado a una cárcel de menor seguridad. «Lo único provechoso de mi carrera policial», se dijo al enterarse.

Se puso un mono naranja con un número negro a la espalda. Le dieron por orden numérico su ropa de cama: una manta, dos sábanas, una almohada y dos toallas. Con todas sus únicas posesiones, siguió al funcionario hasta su celda. Escuchaba cabizbajo los gritos “cariñosos” que le dedicaban los demás reclusos; algunos hasta festejaban su llegada de la forma más sarcástica

posible. Por primera vez en su vida, Espinosa, sintió miedo.

—Bienvenido a sus nuevos aposentos, majestad—anunció el guardia guía irónicamente mientras abría la puerta de su celda. La risa malvada del funcionario generalizaba el odio de todo el cuerpo hacia él.

Entró con su mirada clavada en el suelo. El fuerte golpe dado por el portón al cerrarse lo hundió en la más absoluta de las miserias. Arrojó con rabia sus cosas al suelo y aporreó fuertemente a la puerta.

—¡No, por favor! ¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme! —gritaba enfadado, sin consuelo alguno.

—Tranquilo, maricón. Se te hacen arrugas en la frente cuando te enfadas... —Una voz se pronunció a su espalda, desde lo profundo de la celda.

—Jo... Jo... ¿Jonathan? —preguntó Espinosa tartamudeando, sin mirar atrás.

De repente una enorme mano se posó en su hombro. Al mirarla se percató de que tenía unas largas uñas postizas pintadas de rojo. Encajó las piezas del puzzle. Su carrera policial había sido una mierda, ¿cómo lo iban a mandar a una cárcel de mínima seguridad por ella? Lo habían destinado a aquel sitio de forma premeditada, lo habían metido en aquella celda a modo de castigo más cruel.

—Claro, maricón. ¿A quién esperabas, a Luciana? —Jonathan le susurraba al oído mientras masajeara sus hombros por la espalda—Tranquilo, ella está bien. Nos escribimos y nos contamos muchísimas cosas. Incluso me contó todas esas perrerías que le hacías. ¿Sabes que ha iniciado una nueva vida con tu dinero? Siempre me decía que creía en el destino, al final voy a tener que creer yo también en él. ¡Me muero de ganas por contarle lo bien que lo vamos a pasar juntos, maricón!

FIN.